



## Las procesiones en la vida donde Dios y nosotros somos cofrades

*Agradezco las palabras amables de D. José Ángel Rodríguez Getino y a la Junta de Hermandades y Cofradías de Oviedo por haberme invitado a tener este Pregón de Semana Santa. Igualmente saludo a todos los que en esta tarde os habéis allegado a este Salón de Actos de la Cámara de Comercio para este acto. Amigos todos,*

### 1. Ser pregonero, oficio de humildad

No hay botón de pausa en la aventura de vivir nuestros días. Nos gustaría, tal vez, detener los instantes que se nos antojan hermosos y placenteros, esos que dibujan en nuestros labios la mejor sonrisa y dilatan nuestra mirada hacia horizontes bondadosos y ciertos, pero su magia se nos cuela entre los dedos y se nos escapa por más que nosotros la apretemos haciendo de las manos un colador estrecho. Más nos gustaría, acaso, soplar con fieros hálitos lo que nos acorralla e importuna poniendo a prueba nuestra paciencia y descanso y que, sin embargo, se empeña en seguir ahí, provocándonos en un dale que te pego con su impostura que nos humilla por fuera y nos desgasta por dentro.

No, no hay remedio. Si estamos vivos... para bien y para mal, con nuestros errores y aciertos, la vida no nos permite atajos que nos hagan fugitivos como quien se esconde furtivamente cuando los vientos solanos nos agostan y cuando nos escarchan los vientos cierzos. Pero, vive Dios que estamos vivos, a Dios gracias, y esto nos permite volver a comprender lo que estos días tan cercanos ya significan para nuestra fe honda, para nuestra devoción sincera, para nuestra religiosidad popular, y también para la cultura que ha ido tejiendo el bordado social de nuestra historia occidental y cristiana a la que no sabemos ni queremos renunciar.

Y así, nos encontramos en nuestro querido Oviedo, en este trance de dar comienzo a una semana especial, esa que los cristianos llamamos semana grande por ser la Semana Santa de nuestros recuerdos, la de nuestras plegarias de una liturgia solemne y sagrada, la de torrijas que mitigan los ayunos y saetas que se hacen piadosos requiebros, la procesiones que vienen y van en medio de la devoción sincera de un pueblo.

No es la primera vez que me invitan a ser pregonero. Agradezco la invitación que se me ha hecho, y recuerdo lo que en mi Madrid natal se suele decir llegando estas fechas a esta hora convenida: que si no andas un poco atento, a las ocho de la tarde en las vísperas de la Semana Santa, o das tú una conferencia o, si no, te la dan sin remedio. En esta ocasión seré yo el donante del verbo, con mi palabra asombrada y mis versos en prosa, para intentar recordar en voz alta ante ustedes lo que yo no quiero olvidar personalmente en mis adentros, tratándose como se trata nada menos que de pregonar algo más grande que mi talento. Que no vengo a pregonar una verdad que pudiera tener tan sólo mi medida, ni una belleza que sólo contase con la firma de mi ingenio, ni una bondad que sin más coincidiese con mi escasa virtud. La grandeza del pregón que quiero comunicar, consiste en que aunque lo canten mis labios, no me tiene a mí como autor, sino que me obliga a ser yo también oyente del relato pregonado que coincide con la historia del mismo Dios. Ser pregonero de una Verdad, de una Belleza y una Bondad, que también se me dan a mí como gracia y como don, constituyéndome simplemente en su humilde vocero, es decir, en su pregonero portavoz.

### 2. Entre el carnaval y las cenizas

Siempre que nos asomamos a las cenizas y los carnavales del comienzo de la cuaresma, podría parecer que estamos como ante una pugna, ante ese pulso que cada año dicen que volvemos a plantear los cristianos frente a todos. Es fácil endosarnos una especie de uniforme oscuro, en divisa cenicienta, que tal vez podría dar la apariencia que somos gente dura, gente triste, amiga siempre del recorte de cualquier abundancia. Así se nos caricaturiza en no pocos foros de la opinión pública. Pero, evidentemente, no nos reconocemos en tal.

Para algunos la cuaresma es como una especie de secular venganza de la Iglesia contra la alegría, contra la visión optimista y desenfadada de la existencia. Llega la cuaresma cristiana y su mensaje sigue resultando extraño para tanta gente. Tanto que, algunos organizan su correspondiente vacuna

folclórica, esa para la que sí hay subvención: se sacan las coreografías del carnaval al uso, con disfraces picarones, caravanas divertidas, desenfrenos de encargo y pequeñas orgías a medida. ¿Y los cristianos? Dale con su cuaresma, con su ayuno y abstinencias, con sus limosnas y su oración. Quien tuviera que hacer una crónica apresurada de este escenario, tendría un fácil titular periodístico: la vieja batalla entre la vida y lo mortecino, entre la señora cuaresma y don carnal, entre la libertad y los diez mil mandamientos, entre el paraíso fiscal de todos los “ivas” y el olimpo penal donde se acaban las risas. No faltarán los que alardeando, tal vez, de cuatro ideas religiosas prendidas del baúl de sus pretéritos, digan incluso: pero, después de todo, ¿no ha resucitado Cristo ya? ¿A qué vienen, pues, todas estas alharacas cenicientas en las que la Iglesia se empeña cada año? Y surge casi inevitable la inevitable conclusión: los cristianos han perdido el tren de la vida, repiten sus trasnochadas cantinelas, y sus musas son sirenas de vestidas de luto.

Hemos de decir que sí, que los cristianos creemos que Cristo ha resucitado. Pero nosotros no. En nuestra vida quedan aún tantas cosas que tienen pendiente la pascua del Señor, tantas zonas en las que su luz resucitada no ha podido entrar iluminando. Nos disponemos a hacer este camino cuaresmal con la alegría de un evidente realismo que deja fuera cualquier hipocresía, sin disfraces ni caretas: necesitamos resucitar también nosotros. Y lo queremos hacer andando el camino de Jesús. No creemos en una alegría fugaz, de prestado, que se pone como una careta para disfrazar una realidad mucho menos halagüeña. Creemos en una alegría que es fruto de la verdad, de la verdad de nuestra vida, porque sólo la verdad nos hace libres y nos da esa alegría que nadie nos podrá arrebatarnos.

La cuaresma que nos aprestamos a concluir, no es un túnel negro e inevitable que cada año hemos de recorrer los cristianos. Es un camino por el que volvemos a tomar el sendero que habíamos perdido, la paz que habíamos quebrado, la belleza que habíamos manchado, la bondad que habíamos embrutecido y la fidelidad que habíamos traicionado. Todos tenemos, en mayor o menor medida, necesidad de volver, esa vuelta que en el lenguaje cristiano llamamos conversión. Volver a Quien dejamos en la aventura de vivir como jirón a pedazos. Volver a empezar dejándonos abrazar por una misericordia perdonadora infinitamente mayor que todos nuestros traspieses pecadores juntos.

Es posible que aparezcamos como los *pepitos grillos* de la vida, y que ante no pocos nosotros los cristianos seamos gente taciturna, más proclive al examen de la conciencia que a las canas al aire, pero, en cualquier caso, el gesto con el que cada año iniciamos este tiempo especial, no tiene un trasfondo peleón de acritud ante la vida, como si nuestra condición creyente nos impidiese o vetase algo tan sencillo y tan humano como el gozar. Nos metemos en estos andurriales semanasanteros no porque la jarana de carnaval que ya caducó -como siempre- nos parezca un exceso, sino porque nos sabe a demasiado poco. No nos asiste una actitud reaccionaria, sino una postura realista: nuestro corazón no nos perdonaría jamás que a su infinita exigencia de felicidad la entretuviésemos con un contento que termina, con una alegría que lleva inscrita por doquier su camuflada fecha de caducidad. Porque no logramos nacer a lo que en verdad sueña nuestro adentro. No llegamos a conseguir por nosotros mismos la realización de un destino para el que hemos nacido y al que nos es imposible renunciar. Este ensueño del corazón humano, corazón inquieto hasta que descansa en Dios, como decía el gran san Agustín, tiene nombre de paz, a ternura sabe, luminoso y claro es su color, en permanente deuda con quien endeudándose por nosotros nos hizo libres como nadie y de verdad; un ensueño que no es privado sendero de felicidades egoístas sino que se abre de par en par hacia todas nuestras direcciones recorribles: la que nos lleva y nos trae hacia el Misterio de Dios mismo, la que nos recorre y nos sorprende en el encuentro con el hermano y el amigo, la que nos adentra y nos comparte en la conciencia personal más nuestra; un ensueño tan viejo como eterno es Dios, porque esta fue su huella que nos dejó señalada en nuestro barro fresco aún como si de una firma se tratase cuando nos creó de arcilla nuestro divino Alfarero; un ensueño mil veces intuido y otras mil veces extraviado, confundido y traicionado; un ensueño que nos constituye, que nos pone en pie cada mañana para volver a la hazaña peregrina y aventurera de vivir y de convivir en la verdad que no es tramposa, en la belleza nunca manchada, en la bondad jamás envilecida.

Todo ese ensueño que forma nuestro origen, el de cada hombre y cada mujer y el de la historia toda de la humanidad, es el que nos empuja a buscar adecuadamente el camino que nos lleve a nuestro destino cierto, a ese para el que fuimos hechos y para el que nacimos. Y por esta razón, por la certeza evidente de ser muy vulnerables a tantos señuelos, débiles y cansinos ante tropiezos y enredos, por esta razón, precisamente por amor hacia lo mejor de nosotros mismos, la Iglesia nos ha vuelto a proponer un año más la Cuaresma en la que estamos ya al final de su carrera cuando miramos tan cerca la Semana Santa.

No, no tenemos un rancio complejo de estar al margen de determinadas grescas, porque —insisto— no es su exceso el que nos amilana o asusta, sino su cortedad y chantaje el que con serena lucidez nos desengaña. Todas esas cosas mejores de nuestro corazón y nuestra vida, lo son porque participan ya del triunfo pascual de Jesucristo, pero a fuer de ser sinceros, o sencillamente veraces, no todo lo

que hay en nosotros o entre nosotros, goza de esa luz resucitada y se deja abrazar por esos brazos desclavados para siempre del madero de la muerte.

### **3. Aquel primer viacrucis, de la primera procesión de Semana Santa**

¡Cuánto me impresionó la primera vez que estuve en Israel al hacer la vía Dolorosa con las personas que me acompañaban! Al comenzar nuestro viacrucis, en medio del jaleo del zoco, entre gritos de ofertas y ventas, un chiquillo me dijo en inglés: *Father, one Dólar only, one Dólar only* (sólo un dólar, Padre, sólo un dólar). Por tan sólo un Dólar me ofrecían poder hacer el viacrucis con una cruz de alquiler. No se corte, Padre, no se prive de cumplir el escenario con el atuendo debido. Lleve también usted una cruz alquilada por este módico precio.

Todo lo que representa el viacrucis de Cristo no es un absurdo episodio perdido en un rincón del mundo hace dos mil años. Es el drama del amor de Dios que tuvo que masticar la incapacidad y dureza de la humanidad, un drama siempre entre nuestras tragedias y nuestras comedias. Aquella historia también nos pertenece y los interlocutores no fueron sólo judíos y romanos, sino cada pueblo, cada hombre y cada mujer, que a su modo y manera, estaba presente en aquel viacrucis real. La vida de cada uno ha estado representada en cada uno de los momentos de aquellos episodios: es el precio pagado por Cristo para que yo pudiera ser sencillamente feliz. Pero allí estaban mis miedos en los huidizos discípulos; allí mis traiciones en las lágrimas de Pedro; allí mis cinismos en la evasión de Pilato; allí mis frivolidades en la complicidad del pueblo... Y también estaba lo mejor de nosotros, ese trozo bondadoso de corazón que de ser fiel a toda costa como María y Juan o de arrepentirse en el último momento como Dimas el ladrón, o de prestarse a cargar un rato la cruz como el cirineo amigo. La Pasión del Señor estaba abrazando todas las demás pasiones de los hombres con tantas fechas, con tantos nombres. La pasión de la humanidad de nuestros días, sumida en el miedo, en el terror, en la injusticia que resume todas las hambres y amordaza cualquier felicidad.

Lo he dicho en estos días: que hay procesiones que van por fuera y las hay también que van por dentro. Unas y otras nos despiertan las actitudes desde las cuales nos asomamos a ellas en el balcón de nuestros días. Las procesiones de la vida tienen esta doble componenda, y vemos desfilar indistintamente los pasos y los motivos que nos hacen curiosos de su pasar ante nuestra mirada. Así nos metemos en la Semana Santa, días grandes para la fe cristiana, y ahí tendremos la ocasión de ver desfilar el arte de las imágenes que exhiben el talento de nuestros artistas y la devoción de tantos cofrades de las hermandades. Ese piadoso envoltorio nos desvela la fe de un pueblo que en estos días especialmente cristianos nos acercan los distintos cuadros que nos recuerdan aquella vía Dolorosa en el primer viacrucis que ocupó el lejano triduo de hace dos mil años con el jueves, viernes y sábado santos.

¡No me canso de repetir qué precioso servicio llevan adelante nuestras cofradías! Hay que decir en voz alta cuando quizás algunos ningunean el impagable servicio que no sólo en el costumbrismo religioso regalan a nuestra sociedad. Pasean por calles y plazas el evangelio de la Pasión en imágenes, con la devoción y la penitencia de los hermanos y hermanas que componen las diversas confraternidades. Pero no se reduce a ese momento estelar cuando procesionan con piedad su mejor religiosidad dando testimonio de su fe, sino que también los cofrades encuentran en sus hermandades el espacio para formarse como cristianos en esta sociedad. Tienen ese reto de una catequesis para adultos que les permita dar razón de su fe y de su esperanza, y por eso, según las posibilidades, no cejan en una formación adecuada con distintos momentos como conferencias y retiros espirituales. Pero, además, las cofradías cristianas han de tener un compromiso social desde la caridad, con algún gesto que les haga solidarios con los que más lo puedan estar necesitando, aprendiendo de tantos ejemplos que el Señor nos dejó.

El testimonio de la fe que se hace arte procesional, la formación de estos cristianos que se inscriben en una cofradía, y el compromiso de la caridad. Son las tres notas características de una auténtica y eclesial hermandad cofrade.

Será Jesús en tantos momentos de su pasión, o María siempre a su lado, lo que con sus imágenes sagradas y los atavíos de quienes así los procesionan públicamente, expresan el paso de Dios en nuestra vida. Allí donde nuestros pasos caminantes se encuentran, donde nos saludamos, donde damos a conocer nuestros gozos y nuestras cuitas, en medio del vaivén de las calles y de las plazuelas con sus cuestas abajo y sus cuestas arriba, por allí pasa una imagen del Señor o de su Madre santísima que al compás de la fe de los hermanos avanza en la procesión de la vida.

Pero esa procesión que va por fuera, despierta en tantas personas la procesión interior, esa que se zanja y se curte en los pliegues del corazón y en las orillas de la conciencia. Tantas preguntas que nos asaltan sin la inmediata respuesta, tantas nostalgias buenas de los mejores recuerdos de nuestra inocencia infantil y juvenil, tantos sinceros deseos de hacer mejor las cosas, de pedir perdón por los pecados y los yerros, tantas esperanzas en que nazca un mundo nuevo en donde Dios sea glorificado

y los hombres todos bendecidos. Es la procesión interior de las periferias del adentro en donde Dios es el curioso que nos mira con ojos de misericordia sentado en la linde de nuestras esperanzas y nuestros desesperos. Él nos ve pasar, y se conmueve ante nuestras penumbras y nuestros luceros para poner paz sosegadora y horizonte con meta a nuestros pasos inciertos. Y, es que todos somos cofrades de esas procesiones que van por fuera y las que van por dentro.

#### **4. La procesión de los cristianos perseguidos y asesinados**

En estos días, quiero señalar algo que casi nadie señala, de otra procesión llena de terror y de ignominia. No son refugiados de quita y pon siquiera. Son los cristianos que están matando a mansalva simplemente por serlo. Confieso que me conmovió hasta el sonrojo el relato de una “dolorosa” ante sus hijos “crucificados” en esa procesión macabra de hace poco tiempo y censurada en los mentideros de las noticias sin cuento. Una madre a la que masacraron sus hijos, cuando le preguntaron qué haría si se encontrase por la calle a estos asesinos. Respondió: “yo les invitaría a pasar a mi casa, y mirándoles les diría: que Dios dé luz a tus ojos para que se purifique tu corazón y comprendas lo que has hecho. Como madre de tus víctimas, que eran mis hijos, yo te perdono con profundo dolor porque soy cristiana, te perdono en el nombre de Dios”. No hay palabras ante testimonio tan conmovedor, verdaderamente revolucionario, la única revolución creíble, la del amor que perdona lo imperdonable.

Hemos conocido el relato. Hicieron una procesión, la última de su vida, por la orilla del Mediterráneo en las costas de Libia. Las olas estaban bravas, como queriendo gritar la terrible injusticia de una matanza que imparable se abalanzaba. Iban en silencio, como corderos al matadero, conscientes de su supremo sacrificio. Esa vía Dolorosa tenía su final junto a las rocas donde no se levantaba ninguna cruz. Hoy la muerte malhechora tiene otras formas. Eran 21 cristianos. Llevaban su verdugo al lado, vestidos de negro enlutado tapando sus rostros embozados por fuera, ocultando así su corazón ennegrecido y pervertido por dentro.

Aquellos matarifes invocaron a un dios inexistente, anónimo, sin boca, sin ojos, sin oídos, sin entrañas, fruto del rencor de sus fantasmas que les incapacita para entender mínimamente, les bloquea ante la belleza que no comprenden y destruyen porque no les dice nada, ni la música de las notas inspiradas, ni la letra de los versos y poemas. Es el odio ciego, la violencia blandona, que respira por las heridas de sus fracasos, de sus atrasos y callejones sin salida. A ese dios falso le hacen cómplice de sus imposturas, y se erigen en ajustacuentas de su gloria vacía como matones a sueldo en el templo de la vida. Esos 21 cristianos buscaban trabajo en Libia. No robaban al fisco con sus corrupciones de puños blancos y tarjetas negras. No adulaban al pueblo con milongas y quimeras para venderles con trampa su engañifa por un puñado de votos. No pintaban monigotes para herir los sentimientos sagrados de los otros, para reír a su costa sus gracietas zafias tejidas de escarnio blasfemo, de provocación medida, de libertinaje esclavo y de revoluciones marchitas.

Eran sencillamente cristianos, sin trastienda, sin violencia, sin injusticia. Buscaban un trabajo para mantener sus familias. Los encontraron fácilmente los matones del turbante para pasarlos por su puñal de guillotina. Murieron dejándose morir, pero no pudieron matarlos los que no son dueños de la vida. En sus labios, como siempre sucede en los mártires cristianos, sólo una oración a Jesús resucitado, el mártir primero que muere siempre en sus hermanos para con ellos entrar en la eterna dicha. No maldijeron, no se revolvieron, murieron perdonando como esa madre hizo perdonando a los verdugos de sus hijos, cambiando la muerte en vida, la negra noche en el más luminoso día.

No he visto a los políticos que se enzarzan en sus tribunas exhibiendo sus conquistas o vendiendo sus alternativas, contando encuestas o jugando en sus tabletas. No he visto a los poderosos de las divisas, ocupados en los escondrijos de paraísos fiscales sin conciencia y sin iva. No he visto a los pancarteros perroflautas de barricadas financiadas donde propagan sus fracasadas revoluciones de pacotilla. No he visto a los llamados intelectuales artistas que no cejan en mover su ceja sólo en el palco sus causas perdidas. Nada de esto he visto. Han matado a 21 cristianos, siguen matando más y más cada día, quemando sus iglesias, destruyendo sus casas y poblados, violando a sus mujeres y niñas, decretando su safari cristianofóbico. En la indiferencia globalizada parece que no toca ahora organizar la consabida movida. Descansan en paz. Los mártires cristianos han entrado en la vida mientras seguimos caminando en la procesión de los días.

Es una de tantas, un relato más aunque tenga la fecha de nuestra dura actualidad. Pero ahí están otras procesiones que tienen que ver con tantos modos de violencia hacia las mujeres usadas y tiradas después, hacia los niños abusados en todas las pedofilias, las procesiones de toda corrupción económica y política, donde no hay precio tímido a la hora de pagar las infamias y las mentiras; las procesiones de todas las hambres y todas las pobrezas en las que sucumben las personas por el delito incomprensible de haber nacido en un lugar de favelas malditas en el desabrigo y desamparo total en vez de hacerlo en un barrio residencial con seguridad vigilada por satélite. Sí, ¡cuántas procesiones

con tan falsas cofradías de hermandades que no lo son!

## **5. Dios se hace también cofrade en medio de nosotros**

¿Cómo ha sido la respuesta de Dios a esta trama truncada en la que se ha dado el trueque del sueño bendito del Creador por una pesadilla maldita de la historia de los hombres? ¿Cómo nos habla Dios que procesiona junto a nosotros en nuestros mil vericuetos y senderos?

El hombre, al traicionar aquel proyecto de felicidad que se le brindó y se le inscribió en el corazón, es como si en la conversación de ese Dios que crea las cosas diciéndolas, hubiera introducido un exabrupto, un grito grosero y blasfemo que llega a romper el hilo argumental que el Creador y sus criaturas estaban gozosamente compartiendo. Pero Dios no sólo no se fugó del corazón de su criatura fugitiva, sino que no ha cesado de intentar de mil modos darle nuevamente la palabra como quien vuelve a comenzar. Y así, todo un sinfín de mensajeros le fueron trayendo el eco de *buenas noticias*, introduciendo así los guiños por los que Dios iba llamando a sus hijos con la paciencia propia de un Padre que al tiempo era Dios.

San Juan iniciará el prólogo de su Evangelio con esa expresión tan bella y desconcertante: «El Verbo se hizo carne y puso su tienda entre nosotros». La Palabra de Dios se hizo carne humana, se hizo historia de hombre, se hizo niño. Y la Sabiduría del eterno Dios tendrá que sentarse en las aulas de nuestros saberes para aprender a decirse a sí mismo con nuestros gestos y palabras. De modo que pasó haciendo el Bien, quien fuera la Bondad primera, y nos devolvió el asombro, la dignidad y el indómito instinto de ser libres de verdad. Entre parábolas que todos entendían, y palabras que abrían a la Vida, el Verbo de Dios, su Palabra más última y más primera, haciéndose nuestra carne, se hizo hogar, se hizo pan y se hizo herida. Y así nos fue contando, como se narra un cuento serio y bueno, lo mucho que le importamos a Dios, más que las estrellas, más que los pájaros y los lirios.

Estamos ante el paradójico y feliz desenlace del Eterno Dios que en su Hijo se ha hecho Palabra y Silencio, cifrando en Jesucristo todo cuanto tenía que decirnos o tenía que callar. Por eso, frente al mal en cualquiera de sus manifestaciones, no encontramos a un Dios que se fuga o se inhibe, sino a un Dios que en su Hijo ha querido con-sufrir y com-padecer la suerte de quienes haciéndose uno con ellos serán para siempre sus hermanos, hijos adoptivos del mismo Padre. Dios no ha respondido a la pregunta del hombre con un discurso retórico o teórico, sino con su misma vida históricamente encarnada en Jesucristo. Todo cuanto Él ha tenido que decirnos nos lo ha dicho en la palabra y el silencio de su Hijo.

Fue un canto bienaventurado, que secó las lágrimas de los más pobres, y abrigó la esperanza de los más mendigos. A los ciegos de todas las cegueras les abrió los ojos para salieran a la luz que alumbraba sin deslumbrar. A los cojos, a los mancos, a los lisiados, les permitió saltar, y abrazar y volver a brindar por el regalo de la vida. A los errados que no maquillaron sus trampas les permitió renacer a la verdad sincera. Y a cuantos no habían entendido, o lo hicieron mal o lo hicieron tarde, para todos tuvo una palabra a tiempo, como quien se reserva la palabra última con perdón de cielo. Palabra de Dios y palabra de hombre a la vez. Palabra eterna que se hizo tiempo. Palabra acampada en nuestros descampados inciertos, haciendo el milagro de poder ver en el trasiego de nuestros conflictos y contiendas, su gracia de paz hecha encuentro y hecha tienda.

Su palabra y su silencio son para nosotros, la luz que alumbraba sin deslumbrarnos, la paz que no pone precio ni componenda con quienes hacen mapas del terror, el perdón como gesto revolucionario capaz de volver a empezar lo que se creía perdido. Esa palabra y ese silencio son la compañía de Dios en la procesión de la vida. Dichoso el que la escucha y la respeta, dichoso el que se deja por ella acompañar. Porque tras todos los pasos de nuestra Semana Santa, sabemos que Dios nos ofrece uno más postrero y más primero: el que viene tras todas las muertes, el paso resucitado que nos adentra en la tierra feliz de la que nuestros pies fueron peregrinos sabiéndolo o no. Y eso es lo que pedimos al Señor al comienzo de nuestra Semana Santa.

Queridos amigos, el pregón de Semana Santa que viene a abrir estas fiestas entrañables, nos acerca una palabra que yo no podría susurrar, y nos acerca también un silencio que yo no podría contener. Por eso, he querido ser sencillamente un humilde pregonero de lo que Dios nos dice por amor o lo que por amor también nos calla.

Os deseo de corazón una feliz Semana Santa para poder brindar más felizmente todavía por la Pascua de quien resucitó su muerte y la nuestra.

El Señor os bendiga y os guarde junto a nuestra Madre la Santina.

Y por vuestra amable atención, muchas gracias.

**+ Fr. Jesús Sanz Montes, ofm**  
Arzobispo de Oviedo